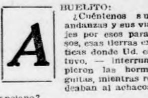
# Crítica para los pibes

AÑO II — BUENOS AIRES, Miércoles 2 de Febrero de 1927 — N.o 73




Algo más que a plantar y a cuidar arbustos es lo que aprenden los niños jardineros: aprenden a ser hombrecitos, a ganarse los primeros centavos y a combatir con su trabajo, la vagancia. (Apunte de Parpagnoli).

# AVENTURAS DE UN ABUELO



ABUELITO: ¿Cuéntenos sus andanzas y sus viajes por esos paraísos, esas tierras exóticas donde Ud. estuvo, — interrumpieron las hormiguitas, mientras rodeaban al achacoso anciano?

—¡Ah! Son tristes y dolorosas, —contestó éste.— A una de esas aventuras debo la desdicha de no volver a ver jamás a mis padres.

—¡Qué cuente, qué cuente! Se oyó decir a todas las hormiguitas a la vez. El viejo se ubicó en un rincón y comenzó sus relatos haciéndose un silencio de iglesia.

—Era para este mismo tiempo. ¡Hace tantos inviernos que no recuerdo...!

Los insectos de la comarca aquel año habían dispuesto hacer una gran fiesta. Yo era aún muy niño. Pero aquella noche de la fiesta junto con el hijo de nuestra vecina de departamento nos huímos sin el pertinente permiso de nuestros papás.

Teníamos curiosidad por conocer la luna, pero ésta aun se hacía esperar. Salimos y conversando entretenidos, nos alejamos encaramándonos a una plantita sin ramas, para desde allí contemplar la mejor.

De pronto vimos con gran sorpresa, que dos focos luminosos avanzaban en dirección a nosotros y que subiendo por el tallo de la plantita se detuvieron a prudencial distancia nuestra.

Quisimos huir, pero el terror nos petrificó... ¿Quién anda ahí? Nos preguntó una voz. Quedamos atónitos; no respirábamos de miedo de hacer ruido. Se aproximó más y reconociéndonos, dijo:

—No se asusten... ¿Qué hacen Uds. por aquí a estas horas de la noche?

—Hemos salido a conocer la luna —balbuceamos dando diente con diente.

—¡Ah! No saldrá hasta muy tarde... ¿No van Uds. a la fiesta de esta noche? Nos dijo el "tuco". La entrada es libre.

—Mi compañero y yo nos miramos como consultándonos.

—¿Queda lejos? Interrogamos.

—Para Uds. sí, pero como yo puedo volar.

—Aceptamos. Con nosotros encima de su cuerpo subió hasta la cúspide del yuyito. Allí abrió sus alas y giró sobre sí mismo como si quisiera orientarse.

—Préndanse bien, ¿Eh? —nos dijo— y empezó a mover sus alas, emprendiendo raudo vuelo. Poco después nos encontrábamos a gran altura y avanzando con una velocidad tan vertiginosa que nos obligaba a cerrar la boca para que el aire no nos ahogara. ¡Qué impresión! La misma que se siente cuando uno cae al resbalarse desde lo alto de un árbol.

¡Cuidado! —nos repitió nuestro conductor— que vamos a cruzar el mar. En efecto. En un viraje que éste dió, vi reflejados en el fondo, allá en la serena plenitud del agua sus dos grandes faroles luminosos.

Me estremecí al pensar que cayendo pereceríamos ahogados en el mar como nuestras congéneres que el viento derribó desde los árboles que crecen a su vera.

De pronto cesó el batir de las alas y bajamos en una forma brusca e inesperada. Cerré los ojos horrorizado para no ver cómo caímos al agua. ¿Qué pasa? Preguntamos al "tuco".

—Hemos llegado —nos contestó éste— allí es la fiesta. Y nos señaló un rayito de luz.

II

—¡Adelante! ¡Adelante! Llegan Uds. a tiempo nos dijo un discreto escarabajo que hacía de portero —mientras levantaba una cortina.— La función aun no ha empezado; Uds. pueden sentarse delante, en el lugar destinado a las hormigas.

—Entramos. ¡Qué infinidad de animales! ¡Qué variedad de tamaños y colores! Había algunos que por su forma daba espanto mirarlos.

Seguimos por un espacioso camino en el centro del salón

¡Allí están las hormigas; —me dijo mi compañero. ¡Ah, sí, ya las veo! ¡Vamos, vamos!; y nos sentamos, ocupando cada cual un lugarcito.

Permanecimos en silencio; nunca creí que el mundo estuviera poblado de tantos seres. Después empecé a meditar cómo sería la fiesta y movido por la curiosidad pregunté a otra hormiga que estaba a mi lado. ¿Hay baile, señora? No criatura; este es un teatro. Los insectos de aquende el mar hemos organizado una función, festejando la primavera.

Te explicaré: ese escenario que ves allí está construído con trozos de palitos secos por nosotras; esos telones que lo cubren, parecidos a aquellos colgados de la puerta de entrada, los tejieron y colocaron las arañas; los asientos y los muros fue obra de las abejas cubriéndolos de cera; la iluminación está a cargo de los "tucos" y luciérnagas; y aquéllos...

No pude oír más; la orquesta muy cerca de nosotros empezó una serenata, ejecutada por grillos y mosquitos. En ese instante asomando sus patas peludas dos arañas recogieron el telón de boca y apareció en escena una cigarra cantando el poema triste de su vida, que los músicos acompañaban Dijo:

—Está escrito. Nací para ser pobre porque yo no puedo atesorar riquezas como las hormigas y las abejas... Mi alimento es el jugo de los árboles y los jugos los evapora el sol. Nadie, ni los más avarientos han podido almacenarlos. ¿Para qué? Antes del invierno me sorprende la muerte, por eso la espero con cantos de cisne. Sin embargo, se me calumnia que un invierno...

¡Oh! Cuántas veces bebisteis la savia que emana del orificio que dejamos en las cortezas de las plantas que cual un oasis en el desierto, apaga vuestra sed de peregrino...

—¡Qué dulzura! ¡Qué gorjeos, tenía su voz! Fué muy aplaudida la artista cuando hubo terminado.

III

Fíjate —me decía mi vecina— con qué apetito miran a los mosquitos músicos esas arañas que recogen el telón, pero hoy es día de amnistía paar todos y nos está prohibido el comernos los unos a los otros, hasta la hora que salga el sol.

—¿Qué toca ahora la orquesta, señora? Unos lanceros que bailarán las mariposas. En efecto entraron al proscenio cuatro pares de mariposítas muy jóvenes y bellas. ¡Qué diversidad de primorosos colores tenían sus alitas que movían con cadencia y gracia suma!

Saludábase ya con movimientos rítmicos o ya con titileos, como los parpadeos de ojos que preceden al llanto Avanzaban, retrocedían, se encadenaban rozando sus alitas al pasar según lo exigieran las partituras de la música. El teatro parecía se venía abajo. ¡Bis! ¡Bis! ¡Bis...! ¡Qué barullo! Tuve que taparme los oídos. Al son de una marcha bataclánica hubo un desfile de insectos de colores que enfocaron con su luz verdosa los "tucos" y luciérnagas. ¡Qué reflejos tornasoles daban sus trajes como de seda! [illegible] como las hojas [illegible] rojos como [illegible] rubíes; blancos como lirios, como perlas, negros como el azabache; amarillos como margaritas, como ... en fin allí estaban todos los colores. Al final bailaron una danza arrobadora, que abstraía de embeleso. Vimos después una arañita caminando en el aire por un hilo casi invisible que, subiendo y bajando terminó por hacer una malla. ¡Qué hábil tejedora es la araña! Vimos también una langostita acróbata saltando obstáculos con facilidad asombrosa. El último espectáculo era reservado para un match de box entre dos come-piojos (mamboretá).

No pudimos verlo. El portero del teatro avanzó dando gritos al centro del salón, como si alguien lo corriera.

¡El mostruo! ¡El mostruo, viene el mostruo...!

Los más cercanos a la puerta de entrada se precipitaron a ella como una avalancha, atropellándose los unos con los otros.

Algunos más cercanos a la puerta, consiguieron escapar; todos quisimos hacer lo mismo, pero la retirada nos la fué cortada por la presencia del horrible animal, que al entrar derribó las cortinas de la puerta las que se enredaron en sus patas anteriores.

Recuerdo. Era verdoso y repugnante y de ojos grandes. Su garganta blanquecina se movía jadeante sin que su respiración se dejara oír. Parecía que parado en la puerta elegía a cuál de nosotros comería primero. Yo no sabía si huir para adelante o buscar un rinconcito hacia atrás para esconderme. De pronto dió un salto y agazapándose abrió su tremenda boca desdentada en dirección a uno de los bichos más grandes y se lo llevó pegado a su lengua, tragándoselo entero. Entonces la confusión producida por las exclamaciones y centenares de aleteos se hizo un pánico terrible.

Los que tenían alas volaban de un lado a otro del techo: los que no, trepábamos dispersos por las paredes en completa promiscuidad. Quedamos a oscuras. Los "tucos" y las luciérnagas apagaron sus luces para esconderse en la obscuridad de la noche...

A los gritos de ¡el sapo! ¡el sapo! el terror se contagió a todos los invitados. Algunos, los que no estaban acostumbrados a la obscuridad pedían a grandes voces. Luz... Luz... Luz... pero los "tucos" y luciérnagas no alumbraban sino a intermitencias o cuando alguién las tocaba, circunstancia esta que el monstruo aprovechaba para devorar las presas de bulto.

En una de esas yo sentí sobre mi cuerpo el roce de algo velludo que me produzco un escalofrío espeluznante. Me prendí en el tapiz de cera de la pared con toda las fuerzas de mi mandíbula y mis patas como para que no me arrancaran; cuando me repuse del susto levanté mi cabeza y miré. Era una enorme araña peluda que a todo escape pasó en dirección a la salida.

Entre la avalancha de empellones, cayendo aquí, levantándome allá, para volver a rodar de nuevo, pude salir ileso afuera.

El miedo de ser devorado hizo que me encaramara al primer árbol que encontrara: desde allí pude más tarde contemplar la luna que allá en el infinito asomaba su pálida cara con melancólica dejadez.

—Desde entonces mi vida nómada fué como la de un paria, sin pan, sin casa y sin abrigo, hasta que una vez se secó ese mar —dijo la hormiga señalando con una pata en dirección al cauce de un arroyo próximo— y caminando noche y día pude por fin cruzar ese desierto desolado con un hambre y una sed que me devoraban.

¿Y vuestro compañero? —preguntaron todas las hormiguitas en coro. La anciana hormiga por toda respuesta bajó la cabeza para ocultar la terrible verdad. Hay silencios elocuentes...

### HACER PASAR UN DURO A TRAVES DE UNA MESA

[illegible] En este pañuelo está atada, con un hilo, otra moneda igual, por medio de un alfilerillo doblado en corchete, y ponéis esta moneda muy suavemente sobre el plato para que el ruido no revele la supercheria. Tomad entonces con la mano izquierda el duro sustituído, cuya forma hacéis ver a través del pañuelo, y con la mano derecha, en la cual tenéis la otra moneda, tomáis un cubilete y le colocáis sobre la mesa.

En esta posición, dejáis caer sobre el plato el duro de la mano izquierda y soltáis inmediatamente de la otra mano el que tenéis suspendido sobre el borde del cubilete. Por último, levantáis suavemente el pañuelo, por los dos extremos, para que la moneda que está atada no suene sobre el plato, y le sacudís, para hacer ver que no tiene nada dentro.

# EL FARO AMIGO

Suavemente el barco se detuvo. En la obscuridad de la noche, el anhelante resuello de las calderas se fué extinguiendo con la mansa gradación de un suspiro. Los pasajeros que paseaban por la cubierta, lejos de los salones de tertulia o de juego, se agruparon precipitadamente, demasiado dóciles a la alarma. ¿Qué novedad, acaso enojosa, había sobrevenido?

Con la misma presteza que la inquietud cundió el sosiego. El barco se hallaba frente a las costas españolas, abruptas y temibles por aquellas latitudes; pero la niebla — una niebla fulminante, densa, que brotaba del mar como un sahumerio — aconsejaba al mando la cautela de interrumpir la marcha. Mucho más peligrosa que el tifón o la ola gigantesca es siempre esa nube en apariencia inofensiva; difusa, frágil, que suprime la distancia, que multiplica calladamente su invasión y adquiere, ante ciertos espíritus pusilánimes la trágica lividez de un sudario...

—Entonces — preguntó un labio impaciente —, ¿no fondearemos sino hasta mañana?

—Cierto — contestó una boca estremecida por el desencanto.

El grupo se deshizo lentamente. Unos viajeros dirigiéronse hacia proa. Otros descendieron a sus camarotes. Alguien, solitario, buscó refugio a popa, donde el timón había dejado de gemir al cabo de las dos semanas interminables de travesía. Por delante de las ventanitas iluminadas aquellas sombras desfilaron dolientes y mustias, como si improvisaran el coro de la renunciación.

Mas he aquí que, de pronto, rasgando la amarillenta bruma, brota un cono de claridad, un relámpago que recorre el navío de un extremo a otro, encendiéndolo mágicamente. De las entrañas del buque se desprende entonces un trueno de júbilo. Los más sorprendidos acaban de advertir en el suceso la señal de que la costa querida está próxima y de que su desamparo en la noche ya no afrontará ninguna contingencia. Allí, no lejos de este mundo flotante que se mece sobre la instabilidad de las olas, un faro envía su luz con la misma amorosa lealtad con que una madre prodigaría su mirada...

Y el paquebote interrumpe su débil gemido de hierros y maderas, y el pasaje siente que dentro de su sobresalto se ha quedado ardiendo ya para toda la vigilia, con apacible fulgor de rescoldo, un poco de la ráfaga de fuego que acaba de trazar tan solemne círculo al través del acoso de la niebla, bajo los luceros invisibles. El amigo faro significa varias cosas: significa que la Patria está, por fin, a corto trecho, acogedora y tibia como un nido. Significa que sobre la amenaza de los acantilados alienta una vigilante protección. Significa que aun en medio del desvalimiento y de la angustia, tinieblas deprimentes, siempre brilla un resplandor. Significa, en suma, confraternidad entre los hombres, amor que arde sobre la obscuridad, manos que se buscan y se estrechan cordialmente a despecho de la noche.

Poco a poco la niebla ahila su espesor. A lo largo de la banda del buque los viajeros asisten a la fiesta suntuosa de aquella lucecita que centellea en lo remoto y proyecta en torno suyo, con circunferencia deslumbradora. E incontables son las páginas sugeridas a muchas sensibilidades por el faro humilde que desde la tierra prolonga en un noble esfuerzo, sobre la anchura del mar, los adioses y las bienvenidas con que los hombres, tan a menudo separados, cuidan de seguir unidos. Pero esta noche cada pasajero, aun el de corazón más tosco, compondría un himno, una plegaria, un período desatinadamente caudaloso para dedicarlo a la estrellita de allá lejos, que en otra circunstancia no acertó a conmoverlos, ni siquiera supo despertar su interés.

Esta noche no hay ningún pecho que se parapete, como en otras ocasiones, tras un mal entendido pudor. La misma obscuridad de la hora permite que fluya alguna lágrima sin que nadie la juzgue intempestiva o inútil. El expatriado que retorna a lo suyo, a su vereda, a su lámpara, a su horizonte, tras una ausencia más o menos obscuramente soportada, se siente desfallecer entre sus compañeros de travesía y lucha por exteriorizar, sin continencias hipócritas, el sagrado infantilismo de su emoción. A punto está de postrarse de hinojos ante la lucecita del faro, que le augura el término de sus andanzas. Lucecita de cabaña al final del bosque, como cuando creía en los cuentos de la abuela. Lucecita de altar en la capilla solitaria del templo, donde las altas cúpulas y los doseles recamados no bastaban antaño a cubrir la ambiciosa gallardía de los sueños. Lucecita de ventana tras cuyos cristales el viejo, y seguro, y adorado hogar de siempre sigue esperando...

Allá lejos, la ciudad, bulliciosa e ignorante de los dolores ajenos, no se preocupa de este barco detenido en medio de la mar, al que periódicamente tiñe de oro el faro remoto de la costa. Sobre la acumulación de edificaciones insolentes, por encima de las torres más audaces, de los palacios más lujosos, la tolvanera de la luz pasa y repasa sin cansarse nunca, orgullosa de su misión. Allí es un fulgor de tantos, quizá menos importante que el de los zarcillos de una menestrala cualquiera. Aquí a bordo del transatlántico reviste inefables proporciones de prodigio. Y a proa, un grupo de criaturas silenciosas, insomnes y extasiadas, le tributa el homenaje litúrgico de su inmovilidad, único que todo hombre encuentra cuando más acendradamente se solivianta y agita su corazón.

# UNA CATARATA EN EL MAR

UNA catarata en el mar es fenómeno que parece imposible y que, sin embargo, se produce diariamente, durante 23 horas, en las inmediaciones de Naruto, en el Japón. La causa es muy sencilla: la marea, al correr de Oeste a Este, toca simultáneamente las entradas Norte y Sur del Mar Interior; pero como Naruto está más próximo a la entrada Norte, recibe la ola del Norte algo antes de llegar la del Sur. Por consecuencia, toda la fuerza de la ola de la marea, al penetrar por la angosta entrada amontona el agua, elevándola unos cuatro metros sobre el nivel normal antes de que la ola del Sur tenga tiempo de llegar allí.

Como el agua tiene que buscar su nivel, la tendencia inmediata de la pared de agua, de cuatro metros, es derrumbarse; pero llega la ola del Sur y opone resistencia, y resulta que el nivel tiene que reajustar gradualmente sus cuatro metros de diferencia durante el día siguiente, y el efecto es exactamente el de una catarata en pleno mar.

En la marea siguiente, las condiciones se invierten, y el "amontonamiento" de agua de cuatro metros se opera en el Sur, descargando, por tanto, la catarata en sentido opuesto.

### LA BOLA RECALCITRANTE

Haced un agujero en una bola, llenadle de plomo o de mercurio, tapadle herméticamente, de modo que no se pueda descubrir el artificio, y calcular el peso de la madera que habéis quitado, y el del metal, para que el peso de la bola en la mano no dé el aviso.

# ENTRETENIMIENTOS PARA AGUZAR EL INGENIO DE LOS PIBES

## LA BOTELLA DEL SALTO DE AGUA



OMAD una botella tapada herméticamente; haced un agujero en la longitud del tapón y hacer pasar por él un tubito que salga algunas líneas hacia afuera y que no llegue por completo al fondo de la botella (fig. 8); este tubo debe estar abierto por los dos extremos y terminar en punta muy fina por el lado exterior del tapón. Llenad de agua las tres cuartas partes, próximamente, de la botella; ponedla el tapón y guarnecedlo muy bién con alquitrán o con cera, de modo que no haya comunicación alguna entre el aire exterior y el de la botella: soplad con todas vuestras fuerzas por la abertura A (fig. 9).

El aire que introducís en la botella, añadido al que ya tiene, se encuentra comprimido en tan pequeño espacio, ejerce presión sobre la superficie del agua y la obliga a lanzarse con ímpetu por la estrecha abertura A. Mientras quede agua, basta soplar de nuevo para reproducir el mismo efecto.

Se puede reemplazar el tubo de vidrio por algunos de pluma, enchufados unos con otros, teniendo cuidado de tapar exactamente con cera todas las junturas y de estrechar por el mismo medio la abertura superior, por la cual debe saltar el agua.

### UNA BOTELLA LEVANTADA CON UNA PAJA

Se introduce en una botella vacía o llena, una paja de trigo doblada por un extremo, paja que al extenderse en la botella, forma un ángulo a modo de corchete, que basta para que se la pueda levantar sin temor.

### SUSPENDER UNA SORTIJA DE UN HILO ARDIENDO

Dejad que se empape, durante un día, un hilo ordinario en una disolución de sal marina, y dejadle secar; atad un anillo ligero a uno de los extremos y tened el otro entre los dedos; encended el hilo por el punto en que toca el anillo, y arderá prontamente; pero el anillo permanecerá suspendido, si no se le hace oscilar.

### UN HUEVO QUE CORRE

Haced un agujerito en un huevo y aspirad el contenido con una paja; introducid un grillo vivo; cerrad el agujero con cera blanca ,y poned este huevo, con otros llenos, sobre un plato. Tan pronto como el calor de los demás le reanima, el grillo empieza a agitarse dentro de huevo, con gran asombro del público.

### UN PAJARO QUE VUELA Y CANTA AL SALIR DEL HUEVO

Después de haber vaciado un huevo, se parte la cáscara en dos mitades; se mete dentro un pájaro y después se ajustan las dos partes, pegando delicadamente alrededor una tirita de papel blanco y dejando en ella un agujerito de alfiler, para no impedir la respiración del pájaro.

Se tiene en un sombrero o en un cesto muchos huevos preparados del mismo modo y se invita a una señora a que elija uno; se rompe delante de ella y, con grande estupefacción suya, el pájaro emprende su vuelo por la habitación.

### EL HUEVO BAILARIN

Se ata el huevo a un hilo, que se le adhiere por medio de una clavija introducida por un agujerito, cubierto con un poco de cera blanca. El otro extremo del hilo va al traje del operador por medio de un alfiler doblado en forma de corchete. Se coloca una varita sobre el hilo, cerca del huevo, al que se tiene así de pie, imprimiéndole todos los movimientos que se desea.

Como el hilo es invisible, al público le parece que el huevo salta, baila, vacila etc., siguiendo la cadencia de la varita.

### EL HUEVO Y LOS NAIPES

Vaciad cierto número de huevos y por el agujero introducid en cada uno un naipe igual, previamente arrollado.

Tapad los agujeros con cera blanca. Disimulando en la mano una baraja de naipes, iguales a los que están en los huevos, enseñad al público una baraja ordinaria, a la cual substituís hábilmente la colección de cartas iguales, rogando a una persona que tome una y, recordando bien cuál es, la queme en vuestra presencia.

Hecho esto, presentadle la cesta de huevos e invitadle a escoger uno en el que quiera encontrar la carta; rompedle delante de él y mostradle el naipe, que reconocerá por el suyo.

### EL HUEVO EMBOTELLADO

¿Hacer pasar un huevo por el cuello de una botella? ¡Imposible! Dispensad, es muy posible., estrechándole un poco. Despojad el huevo, bien cocido, de su cáscara; encended un papel, arrojadle encendido al fondo de la botella y colocad prontamente el huevo sobre la boca. Después, mirad.

El huevo se estira, se escurre por el cuello, desciende poco a poco. ¡Pum! Ya está en el fondo de la botella.

La explicación es sencilla. La combustión del papel ha quitado al aire de la botella una parte de su oxígeno constitutivo; se ha producido un vacío y la presión atmosférica ha empujado al huevo de fuera a dentro.

### INTRODUCIR UN HUEVO EN [illegible] BOTELLA SIN [illegible]

[illegible] frecuentemente en los [illegible] de ciertas tiendas, enormes melones en frascos de vidrio, cuyo orificio permitiría difícilmente pasar un objeto del grueso de un dedo.

Para obtener un resultado no menos curioso, tomad un huevo muy fresco; dejadle 24 horas en un vaso lleno de vinagre muy fuerte; la cáscara se ablandará y se hará flexible y elástica, al punto de que el huevo se podrá alargar de manera que pase por una botella.

Llenadla entonces de agua fresca, y el huevo recobrará su dureza, y las gentes que no conozcan este procedimiento se asombrarán al verle encerrado en un receptáculo por cuya abertura les parecerá imposible que haya podido pasar.

Se consigue del mismo modo pasar un h[illegible] por una sortija, etc. etc.

## HACER QUE UN HUEVO SE TENGA EN PIE

En un alegre festín, algunos señores, envidiosos de la gloria del célebre navegante al que debemos el descubrimiento del Nuevo Mundo, hablaban del asunto, delante de él, como de un hecho de simple casualidad.

—"Señores, interrumpió Colón, este descubrimiento no era, en efecto, más difícil que hacer tener este huevo en pie sobre la mesa".

Cuando todos hubieron intentado en vano el conseguirlo, Colón aplanó la punta del suyo golpeándole fuertemente sobre la mesa, y el huevo se tuvo en pie; después exclamó con calma: "¡Cuántas cosas parecen completamente sencillas cuando han sido descubiertas!".

Se puede igualmente conseguir este experimento tomando un huevo fresco y agitándole fuertemente de arriba abajo y de izquierda a derecha, hasta que se haya roto la película que encierra la clara y la yema, para que el líquido, equilibrándose por dentro, haga a la cáscara tenerse derecha.

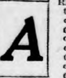
### FREIR UNA TORTILLA EN UN SOMBRERO

Es preciso colocar previamente en el fondo del sombrero un plato redondo, conteniendo una tortilla hecha. Después, ante el público, se hace ademán de cascar cuatro huevos, pero los tres primeros están vacíos, y se deja caer, hábilmente, al suelo, como por descuido, la clara y la yema del último, que es el único lleno, haciendo así creer que los otros lo estaban también.

Se pasa entonces el sombrero por encima de una luz y se hace probar a los espectadores la tortilla que había en el fondo.

## RECREOS DIVERSOS

### ESPIRAL MOVIDA POR EL CALOR

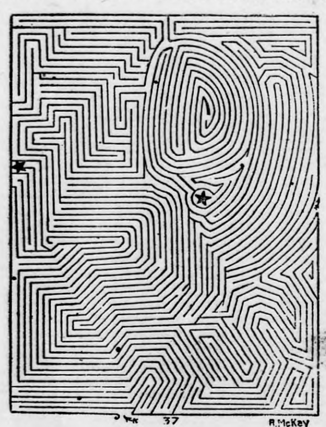


RROLLAD una cartulina cortada en espiral, de modo que forme un cono que se suspende en una chimenea o en un tubo de estufa, colocando el centro sobre la punta de un alambre o de una barrita.

La corriente de aire producida por el calor hace dar vueltas a la espiral, a la que se puede aplicar figuritas de papel u otro adorno cualquiera.



## UNA PRUEBA DIFICIL PERO NO IMPOSIBLE




*He aquí un bonito entretenimiento que ofrecemos a nuestros amiguitos. Hay que trazar una línea, desde la flecha que está situada en la parte inferior del grabado, y recorrer las dos estrellas saliendo por el lado marcado con la otra flecha. El camino que debe seguirse es siempre hacia la derecha, pero en ningún caso debe cruzarse las líneas. Tampoco debe salirse del cuadro sin haber visitado las dos estrellas. Puede visitarse en primer término cualquiera de las dos estrellas, pero la salida debe efectuarse por el sitio que le indica la flecha que se halla a la derecha.*

## . DERECHO A SELECCIONAL EL MENU



El capitán. — Señores: la suerte ha señalado para que sea sacrificado como alimento al pasajero señor Smith, pero debo advertirles que es diabético.

Todos a coro. — ¡Que sea para postres!

# MUZA EL VALEROSO HIJO DEL REY DE SIRIA

## INTERESANTES NARRACIONES DE NOBLES HECHOS

### Continuación y Fin



I esposo, que logró romper sus ligaduras, se lanzó contra ellos, pero le llenaron de heridas y le arrojaron al mar, después de lo cual lucharon unos contra otros, como leones. La cubierta del navío se llenó en un instante de cuerpos muertos, de modo que llegaron a matarse todos, a excepción de uno, que viéndose solo conmigo, me dijo:

Ya sois mía, voy a conduciros al Cairo para entregaros a un amigo mío, a quien he prometido una esclava hermosa.

Yo me hubiera arrojado indudablemente a las ondas, si no me hubiera detenido el pirata. Bien conoció que yo quería matarme, y para evitarlo me ató al palo mayor; y luego, dándose a la vela, dirigió su rumbo hacia tierra a desembarcar. Me desató, y me llevó hasta una pequeña ciudad, en donde compró camellos, tiendas y esclavos, y luego tomó el rumbo del Cairo, con el designio de venderme allí.

Hacía ya algunos días que estábamos de marcha, cuando al pasar hace cinco días por esta llanura, tropezamos con el negro que habitaba este palacio. Desde lejos lo tuvimos por una torre, y cuando estuvo cerca de nosotros, apenas podíamos creer que fuese un hombre. Sacó su ancha cimitarra, e intimó al pirata que se rindiese prisionero con todos sus esclavos y la dama que conducía. Era valiente el corsario, y con el apoyo de sus esclavos acometió al negro. Duró mucho tiempo el combate; pero por fin cayó el pirata a los golpes de su enemigo, así como también todos sus esclavos, que prefirieron morir a abandonarlo. Una vez vencedor, me condujo el negro a su palacio, a donde se llevó el cuerpo del pirata, que le sirvió para cenar aquella noche. Terminada aquella terrible cena, me dijo, viendo que no hacía yo más que llorar:

—Joven, no te aflijas de esa manera, porque enflaquecerás y a mí no me gusta comer huesos y pellejo. No te ocultaré que te reservo para almorzarte en algún día de fiesta, y como nadie puede librarte de parar en mi estómago, harás mal en desesperarte, porque lo mismo has de conseguir.

En seguida me condujo a una elegante habitación, y él se retiró a otra, después de haber cerrado por sí mismo las puertas del palacio. Así hemos estado varios días, hasta que esta mañana ha salido para correr tras de algunos viajeros que ha visto desde lejos; pero sin duda se le han escapado, puesto que volvía solo y sin sus despojos, cuando le habéis atacado.

Cuando hubo acabado la Princesa la relación de sus aventuras, le manifestó Muza que le habían conmovido vivamente sus desgracias.

—Pero, señora — añadió, — en vuestra mano está el vivir tranquilamente en lo sucesivo. Los hijos del Rey de Siria os ofrecen un asilo en la corte del Rey su padre; haced el favor de aceptarlo. Seréis en ella estimada del Príncipe y respetada de todo el mundo; y si no desdeñáis la mano de vuestro libertador, permitid que os la ofrezca y me case con vos en presencia de todos estos Príncipes, que serán testigos de nuestro enlace.

La Princesa consintió muy gustosa, y al día siguiente se celebró la boda en el palacio del negro, en donde se encontraron toda suerte de provisiones: las cocinas estaban llenas de carnes y otros manjares de que acostumbraba alimentarse el negro cuando estaba harto de carne humana. Encontraron también muchas frutas excelentes en su clase, y para colmo de delicias se halló también gran cantidad de licores y vinos exquisitos.

Después de haber comido y bebido bien todos, se llevaron todo el resto de las provisiones, y salieron del palacio con dirección a la corte de Siria. Caminaron muchos días, acampando siempre en los sitios más agradables que podían encontrar, y no distaban más que una jornada de la corte, cuando habiéndose detenido, y acabado de beber el vino, como gentes que no necesitaban ya economizarlo, tomó Muza la palabra.

—Príncipes — les dijo — demasiado tiempo os he ocultado quién soy; me tomabais por un extranjero, pero soy vuestro hermano Muza; debo el ser, lo mismo que vosotros, al Rey de Siria, y mi madre es la princesa Amina. Señora—añadió dirigiéndose a la princesa de Chipre—perdonad el que os haya hecho a vos también un misterio de mi nacimiento. Tal vez descubriéndooslo más pronto, hubiera evitado algunas reflexiones desagradables que os habrá producido un casamiento que habréis creído desigual.

—De ningún modo, esposo mío, le respondió la Princesa.—Los sentimientos que me inspiraste desde un principio han ido arraigándose de momento en momento; y para hacer mi dicha, no necesitas ser Príncipe; tus prendas morales valen más que todas las noblezas de origen.

Felicitaron los Príncipes a Muza por su nacimiento, dando a entender que les causaba mucho gozo; pero en el fondo de su corazón no hizo más que aumentarse el odio que tenían ya a un hermano tan amable. Se reunieron por la noche y se retiraron a un sitio apartado, mientras que Muza se entregaba al sueño. Estos ingratos y envidiosos hermanos, olvidando que sin el valeroso hijo de Amina hubieran llegado a ser todos presa del negro, resolvieron asesinarle.

—No tenemos otro partido que tomar—dijo uno de aquellos malvados—pues apenas sepa el Rey nuestro padre que éste extranjero a quien él amaba tanto, es su hijo, y que ha tenido bastante fuerza para derribar él solo un gigante a quien no hemos podido vencer todos juntos, le llenará de caricias y le declarará su heredero, en desprecio de todos los demás hijos, que nos veremos precisados a humillarnos delante de él y a obedecerle.

Su llegada produjo tanto más gozo al Rey su padre, cuanto que ya iba perdiendo las esperanzas de volverlos a ver. Les preguntó la causa de su tardanza, pero se guardaron muy bien de decírsela; y sin hacer la más mínima mención del negro ni de Muza, dijeron solamente, que, no pudiendo vencer la curiosidad de ver el país, se habían detenido en algunas ciudades vecinas.

Mientras tanto el desventurado Muza, nadando en su propia sangre, y como muerto, estaba en su tienda con la Princesa, su mujer, que no era menos digna de lástima que él. Llenaba el aire de gritos espantosos, se arrancaba los cabellos, y mojando con sus lágrimas el cuerpo de su marido:

—¡Ah, mi querido Muza!—exclamaba a cada momento—¡eres tú el que yo estoy viendo tan próximo a morir! ¿Qué manos tan crueles te han reducido al estado en que te veo? ¿Quién podrá creer que son tus propios hermanos los que te han despedazado tan vilmente, esos hermanos a quienes ha salvado tu valor? ¡Ah! ¡Más bien son de monstruos que bajo formas humanas han venido a arrancarte la vida! ¡Ah, bárbaros! quien quiera que seáis, ¿cómo habéis podido pagar con tan negra ingratitud el servicio que os ha hecho?

No estaba muerto, sin embargo; y habiendo advertido su mujer que todavía respiraba, corrió hacia un pueblo que vió en la llanura para buscar en él un cirujano. Le enseñaron uno muy anciano y muy entendido, que partió inmediatamente con la Princesa; pero cuando llegaron a la tienda, ya no encontraron en ella a Muza lo que les hizo creer que alguna fiera se lo había llevado para devorarlo.

El viejo cirujano, aun sin saber quién era la Princesa, la trató con toda la consideración y todo el respeto imaginables. Procuraba consolarla con sus razonamientos, pero por más que hacía para combatir su dolor, en lugar de aliviarle los exasperaba más.

—Señora—la dijo un día—enteradme, por favor, de todas vuestras desgracias; decidme de qué país y de qué linaje sois. Quizá podré daros buenos consejos cuando esté enterado de vuestro infortunio. No hacéis más que afligiros, sin pensar en que aun los males más desesperados son susceptibles de remedio.

El cirujano hablaba con tanta elocuencia, que persuadió a la Princesa; contóle sus aventuras, y cuando hubo acabado su relación, volvió a tomar la palabra y la dijo:

—Señora, en vista de lo que acabáis de contarme, permitidme os diga que no debéis abandonaros a vuestra aflicción; debéis, por el contrario, armaros de constancia, y hacer lo que exigen el nombre y el deber de esposa, que es vengar a vuestro marido. Si lo permitís, os voy a servir de escudero. Vamos a la corte del Rey de Siria; este Monarca es bueno y muy equitativo; os bastará pintarle con vivos colores el trato que el príncipe Muza ha recibido de sus hermanos, y estoy seguro de que no dejará de haceros justicia.

—Cedo a vuestras razones—respondió la Princesa.—Sí, debo tomar la venganza de los infames que han asesinado a Muza, y puesto que os mostráis bastante generoso para querer acompañarme, estoy pronta a partir.

Adoptada este resolución, hizo preparar el cirujano dos camellos, y poniéndose ambos en camino, fueron a la corte de Siria.

En el primer parador público que encontraron preguntaron al posadero qué noticias corrían por la corte.

—La corte—les dijo—está sumida en la mayor consternación, porque no se sabe qué se ha hecho de un hijo que tenía el Rey, y que ha vivido junto a él mucho tiempo como un desconocido. Una mujer del Rey, llamada Amina, es su madre, y por más diligencias que ha hecho en su busca, todas han sido inútiles. Todo el mundo siente en el alma la pérdida de este Príncipe, porque tiene mucho mérito. El Rey tiene otros cuarenta y nueve hijos, todos de madres diferentes, pero ninguno entre ellos posee bastantes virtudes para consolarle de la muerte de Muza.

Al oir la relación del ventero creyó el cirujano que la Princesa de Chipre no tenía mejor partido que tomar sino ir a presentarse a Amina; pero no dejaba de ser peligroso este paso, y exigía muchas precauciones.

Dirigióse, pues, hacia palacio como un hombre atraído únicamente por la curiosidad de ver la corte, cuando divisó una mujer montada en una mula ricamente enjaezada, seguida de muchas damas montadas también en mulas, y de un gran número de guardias y esclavos negros. Las gentes se colocaban en fila para verla pasar, y la saludaban prosternándose con el rostro junto al suelo. El cirujano la saludó de la misma manera, y luego preguntó a un guardia que estaba a su lado, si era mujer del Rey aquella dama.

—Sí—le dijo el guardia—es una de sus mujeres, y la más honrada y querida del pueblo, porque es la madre del Príncipe Muza, de quien no habrá usted dejado de oir hablar.

Sin querer saber más el cirujano, siguió a Amina hasta una mezquita, en la que entró para repartir limosnas y asistir a las rogativas públicas que había ordenado el Rey para que volviese Muza. El pueblo, que amaba mucho a este joven Príncipe, corría en tropel a unir sus súplicas con las de los sacerdotes, de manera que la mezquita estaba llena de gente. Abrióse paso el cirujano por entre la multitud, y se adelantó hasta los guardias de Amina, asistió a todas las preces, y al salir la Princesa, se llegó a uno de sus esclavos y le dijo al oído:

—Tengo un secreto importante que revelar a la Princesa Amina: ¿no hallaría Vd. medio de que obtuviese una entrevista con su señora?

—Si ese secreto—respondió el esclavo—tiene relación con el príncipe Muza, de seguro que hoy mismo obtendrá Vd. la audiencia que desea; pero si es relativo a cualquier otro asunto, es inútil que intente Vd. hacerse presentar a la Princesa, porque sólo se ocupa de su hijo y no piensa en otra cosa.

—Precisamente acerca del Príncipe quiero hablar con ella—replicó el cirujano.

—En ese caso dijo el esclavo—no tiene usted más que seguirme hasta palacio, y bien pronto le hablará Vd.

En efecto, apenas había vuelto Amina a su habitación, la dijo el esclavo que un hombre desconocido tenía que hacerla una revelación importante relativa al príncipe Muza. No bien hubo dicho esto el esclavo, cuando Amina manifestó la más viva impaciencia por ver al desconocido.

El esclavo hizo entrar al cirujano en el gabinete de la Princesa, que despidió a todas sus camareras, a excepción de dos, con quienes tenía gran confianza. Apenas vió al cirujano le preguntó con precipitación qué noticias tenía que comunicarle acerca de Muza.

—Señora—la respondió el cirujano después de haberse inclinado hasta tocar con el rostro en el suelo—es larga la historia que tengo que contar a Vd. y he de decirla cosas que sin duda la sorprenderán.

En seguida la hizo una relación detallada de todo lo que había entre Muza y sus hermanos, lo que escuchó Amina con ansiosa atención; pero cuando llegó a referirla el asesinato, cayó desmayada la infeliz madre.

Las dos camareras que habían permanecido a su lado, la hicieron volver en sí. Entonces continuó su relación el cirujano, y apenas hubo acabado le dijo Amina:

—Anunciad de mi parte a la esposa de mi desventurado hijo que muy pronto la reconocerá el Rey por su nuera; en cuanto a vos, serán bien recompensados vuestros servicios.

—¡Hijo de mi alma! —decía sollozando.—Ya no te volveré a ver más. Cuando te dejé partir para venir a esta corte y recibí tu última despedida ¡ay no creía que te esperase lejos de mí una muerte tan funesta! ¡Oh desgraciado Muza! ¿Por qué me has dejado? A mi lado no habrías adquirido ciertamente tanta gloria, pero vivirías aún, y no costarías tantas lágrimas a tu madre.

Mientras que las tres se afligían de este modo, entró el Rey en el gabinete; y viéndolas en aquel estado, preguntó a Amina si había recibido noticias tristes del príncipe Muza.

—¡Ah, señor, mi hijo ha perdido la vida! Y para colmo de pena, no puedo darle sepultura, porque, según todas las apariencias, lo han devorado las fieras.

Entonces contó todo lo que le había dicho el cirujano, pintando con vivos colores la escena en que Muza había sido asesinado por sus hermanos.

No dió tiempo el Rey a Amina para acabar su relación, sintióse inflamado de cólera, y cediendo a su primer arranque,

—Señora—dijo a la Princesa—los infames que hacen correr vuestras lágrimas, y que causan a su padre un dolor mortal, van a experimentar el merecido castigo.

Dicho esto, el Rey, con el furor pintado en los ojos, se fué a la sala de audiencia, en donde estaban sus cortesanos y otros particulares que tenían que hacerle alguna súplica. Todos quedaron asombrados al verle presentarse con ademán tan furioso. Subió al trono, y haciendo acercarse al primer Ministro,

—Tengo una orden que darte—le dijo.—Vete al momento a por mil de mi guardia, y arresta a todos los Príncipes mis hijos; enciérralos en la torre destinada a los asesinos, y haz que todo esto se haga sin pérdida de momento.

Oyendo una orden tan extraordinaria, se estremecieron todos los que se hallaban presentes; y el ministro, sin responder una sola palabra, puso la mano sobre su cabeza para manifestar que estaba pronto a obedecer, y salió de la sala para ir a desempeñar una comisión que le llenaba de asombro. Entonces despidió el Rey a las personas que habían acudido a pedir audiencia, y declaró que en un mes no quería oír hablar de ningún negocio. Estaba todavía en la sala cuando llegó el primer ministro.

—¿Están ya en la torre todos mis hijos? —le preguntó.

—Sí, señor —respondió el ministro,— he cumplido la orden de V. M.

—No basta eso —repuso el Rey — tengo todavía otra orden que darte.

Diciendo esto salió de la sala de audiencia, y volviendo a la habitación de Amina con el ministro, que le seguía, la preguntó en dónde estaba hospedada la viuda de Muza. Las camareras de Amina se lo dijeron, porque no lo había olvidado en su relación el cirujano. Entonces el Rey, volviéndose hacia su ministro, le dijo:

—Marcha en seguida a ese parador, trae aquí una joven Princesa que está hospedada en él; pero trátala con todo el respeto debido a una persona de su alta condición.

El ministro se apresuró a hacer lo que se le mandaba; montó a caballo con todos los emires y demás cortesanos, y se fué al parador donde estaba la Princesa de Chipre, a la que manifestó su orden, presentándole de parte del Rey una hermosa mula blanca con silla y brida de oro, sembradas de rubíes y esmeraldas. Montó en ella la Princesa y se encaminó al palacio en medio de todos aquellos señores, acompañándola también el cirujano, montado en un hermoso caballo que le había hecho dar el ministro. Todo el mundo se asomaba a las ventanas, salía a las calles, para ver pasar una cabalgata tan hermosa y como se había esparcido el rumor de que aquella Princesa que conducía a la corte con tanta pompa era la mujer de Muza, se oían vivas y aclamaciones. Resonó el aire con mil gritos de alegría que se hubiera convertido en gemidos, si se hubiera sabido la triste suerte de aquel joven Príncipe.

La Princesa de Chipre encontró al Rey, que la estaba esperando en la puerta del palacio para recibirla, la dió la mano y la condujo a la habitación de Amina, en donde tuvo lugar una escena muy patética.

Se arrojó la Princesa a los pies del Rey, y después de haberlos bañado en lágrimas, le sobrecogió un dolor tan vivo, que no tuvo fuerza para hablar una sola palabra. No estaba Amina en un estado menos deplorable, y el Rey no pudo contener sus lágrimas. Estas tres personas, confundiendo sus suspiros y sus lágrimas, guardaron algún tiempo un silencio tan tierno como lastimero. Habiendo vuelto por fin la Princesa de Chipre de su postración, contó la aventura del palacio y la desgracia de Muza, y en seguida pidió justicia contra la traición de los Príncipes.

—La justicia se hará —le dijo el Rey;— no tardarán en morir esos ingratos, pero es necesario publicar antes la muerte de Muza, a fin de que la muerte de sus hermanos no parezca una horrible iniquidad a mis vasallos. Por otra parte, no por eso hemos de dejar el cuerpo de mi hijo, no por eso hemos de dejar de tributarle solemnes exequias.

Dicho esto, se dirigió a su ministro y le mandó que hiciese construir una cúpula de mármol blanco en una hermosa llanura, en medio de la cual estaba la capital Siria y mientras tanto dió en su palacio una hermosísima habitación a la Princesa de Chipre, a quien reconoció por su nuera.

El ministro hizo trabajar con tanta diligencia y empleó tantos obreros, que en pocos días estuvo concluída la cúpula, colocándose bajo ella una tumba, sobre la cual había una figura que representaba a Muza. Apenas estuvo concluída la obra ordenó el Rey rogativas y señaló día para los funerales de su hijo.

Llegado que hubo el día, se esparcieron por la llanura todos los habitantes de la ciudad para presenciar la ceremonia, que se hizo de esta manera:

El monarca se dirigió hacia la cúpula, seguido de su primer ministro y de los principales señores de su corte; y cuando hubo llegado a ella entró y se sentó con ellos sobre alfombras de raso con flores de oro; en seguida se acercó a la cúpula una tropa numerosa de guardias a caballo, con la cabeza baja. Y dieron vuelta dos veces, guardando un profundo silencio; pero a la tercera se pararon delante de la puerta.

—¡Oh, hijo mío!— dijo el Rey. —Si pudiéramos proporcionar algún alivio a tu mal, por el filo de nuestras cimitarras, por la sangre de nuestras venas y por el valor humano, te haríamos ver la luz; pero el Rey de los Reyes ha mandado, y el ángel de la muerte ha obedecido.

Dichas estas palabras se retiraron, y ocuparon su lugar cien ancianos, montados todos en mulas negras, y que llevaban largas barbas blancas.

Eran ermitaños que, durante el curso de sus días, estaban ocultos en grutas, y jamás se mostraban a los ojos de los hombres sino para asistir a las exequias de los Reyes de Siria y de los Príncipes de su casa.

Estos venerables ancianos que llevaban sobre su cabeza un grueso libro que contenía los textos sagrados, dieron tres veces la vuelta alrededor de la cúpula sin decir nada; y deteniéndose luego en la puerta, uno de ellos pronunció estas palabras:

—¡Oh valeroso Príncipe! ¿Qué podemos hacer por ti? Si por medio de la oración o de la ciencia se te pudiese devolver la vida, restregaríamos nuestras barbas blancas a tus pies y recitaríamos oraciones; pero el Creador del universo te ha arrebatado para siempre.

Después de haber hablado así los ancianos, se alejaron de la cúpula, y al punto se acercaron cincuenta jóvenes de admirable hermosura, cada una de las cuales iba montada en un caballo blanco; estaban sin velos y levaban canastillos de oro llenos de toda clase de piedras preciosas; dieron también tres vueltas alrededor de la cúpula, y habiéndose detenido en el mismo sitio que los demás, tomó la palabra la más joven y dijo:

—¡Oh Príncipe, en otro tiempo tan hermoso! Si los encantos de la belleza pudieran reanimarte, nos haríamos tus esclavas; pero ¿qué puede nuestra hermosura ante la muerte?

Habiéndose retirado las jóvenes, se levantaron el Rey y los cortesanos, y después de haber dado tres vueltas por la tumba, tomó el Rey nuevamente la palabra y dijo:

—¡Oh mi querido hijo, luz de mis ojos! ¿Es posible que te haya perdido para siempre?

Acompañó estas palabras con suspiros, y regó la tumba con sus lágrimas, y a su ejemplo lloraron también los cortesanos; en seguida se cerraron las puertas de la cúpula y todas las gentes volvieron a la ciudad. Al día siguiente hubo preces públicas en las iglesias y duraron ocho días consecutivos.

Al noveno día resolvió el Rey hacer cortar la cabeza a los Príncipes sus hijos. Indignado todo el pueblo ante infame comportamiento que había tenido con el Príncipe Muza, parecía que esperaba con impaciencia su suplicio. Comenzaron a levantarse los caldasos, pero se tuvo que suspender la ejecución, porque de repente se supo que los Príncipes vecinos, que habían ya hecho la guerra al Rey de Siria, se adelantaban con tropas más numerosas que la primera vez, y no estaban muy distantes de la ciudad. Hacía mucho tiempo que se sabía que se preparaban a hacer la guerra; pero no habían dado aún cuidado sus preparativos. La noticia de esta invasión causó una zozobra general, e hizo deplorar más vivamente la pérdida de fuerza, porque este Príncipe se había distinguido extraordinariamente en la guerra anterior contra aquellos mismos enemigos.

—Si viviese todavía el generoso Muza —decían las gentes— poco cuidado nos darían esos Príncipes que vienen a atacarnos.

Mientras tanto el anciano Rey, en vez de abandonarse al temor, formó un ejército bastante numeroso y demasiado animoso para esperar dentro de sus muros a que fuesen a buscarle sus enemigos, y les salió al encuentro. Los enemigos, por su parte, al ver que avanzaba para combatirlos el Rey de Siria, se detuvieron en una llanura y formaron su ejército en batalla.

El Rey, por su parte arregló para el combate, mandó tocar a ataque y atacó con gran energía, hallando mucha resistencia en el enemigo. Derramóse mucha sangre por ambas partes, y la victoria estuvo invierta por largo tiempo. Pero iba por fin a declararse por los enemigos del Rey de Siria, que siendo más numerosos se desplegaban ya para envolverlos, cuando se vió aparecer en la llanura un ejército de soldados de a caballo que se acercaban en buen orden de combate. La vista de estos nuevos soldados asombró a los dos bandos, que no sabían qué pensar. Pero no estuvieron mucho tiempo en la incertidumbre: aquella tropa de a caballo fué a tomar el flanco a los enemigos del Rey de Siria, y los cargó con tanta furia, que muy pronto los puso en desorden y luego en derrota. No se contentaron con eso los nuevos combatientes; los persiguieron vivamente e hicieron en ellos una gran matanza.

El Rey de Siria, que había observado con mucha atención y no menos asombro todo lo que había pasado, admiraba la audacia de aquellos soldados, cuyo inesperado socorro acababa de decidir la victoria en su favor. Había quedado, sobre todo, maravillado de su jefe, a quien había visto pelear con un valor extraordinario, pues cada uno de sus golpes aniquilaba a un enemigo, y anhelaba saber el nombre de aquel héroe generoso. Impaciente por verle y darle las gracias, procuró reunirse a él, y observó que avanzaba en su busca. Cuando el Rey le tuvo cerca, reconociendo a su hijo Muza en aquel valiente guerrero que acababa de socorrerlo, o más bien de salvarlo de sus enemigos, quedó inmóvil de sorpresa y de gozo.

—Señor —le dijo Muza— V. M., con justa causa y sobrado fundamento, me creía muerto, y no dudo que habrá quedado admirado al verme vivo y en su presencia. El cielo me ha conservado la vida para servir aún a V. M. contra sus enemigos.

—¡Ah, hijo mío! —exclamó el Rey.— ¿Es posible que vuelva a tenerte a mi lado? ¡Había perdido ya la esperanza de volverte a ver!

Y al decir esto, tendió los brazos al joven Príncipe, que se precipitó en ellos.

—Todo lo sé, hijo mío —continuó el Rey, después de haberlo tenido largo rato abrazado: —sé de qué modo te han pagado tus hermanos el servicio que les habías hecho librándolos de las manos del negro; pero mañana serás vengado. En tanto, vamos a palacio; tu madre, que aun te llora inconsolable, me estará esperando impaciente. ¿Qué gozo le causaremos haciéndole saber que mi victoria es obra tuya?

—Señor —dijo Muza— permítame V. M. que le pregunte cómo ha podido saber la aventura del palacio. ¿Se lo ha confesado a V. M. alguno de mis hermanos?

—No —respondió el Rey;— la Princesa de Chipre es quien me ha informado, porque vino al palacio con objeto de pedir justicia.

Muza se puso muy contento al saber que su esposa estaba en la corte.

—Vamos, señor —exclamó— vamos a ver a mi madre, que nos está esperando; estoy impacientísimo por enjugar sus lágrimas, así como también las de la Princesa, mi esposa.

Volvió el Rey a la capital de sus Estados, en donde licenció su ejército, y entró victorioso en su palacio en medio de las aclamaciones de su pueblo, que le seguía entusiasmado, rogando al cielo que prolongase sus años, y aclamando a Muza.

Encontraron estos dos Príncipes a Amina y a su nuera, que estaban esperando al Rey para felicitarle; pero no hay modo de expresar los gritos y alabanzas a Dios en que prorrumpieron cuando vieron al joven Príncipe que lo acompañaba. Diéronle mil abrazos mezclados con lágrimas, muy diferentes de los que habían derramado hasta entonces por él, y después de estos transportes, preguntaron al hijo de Amina por qué milagro había conservado la vida.

Respondió él que, habiendo entrado por casualidad en la tienda en que estaba, un hombre del campo, y viéndolo sólo, lleno de heridas, lo había cargado sobre la mula que montaba y le había llevado a su casa; que allí le había aplicado a las heridas ciertas hierbas machacadas, que le habían restablecido en pocos días.

—Cuando me ví curado —prosiguió— hice presente mi agradecimiento a mi bienhechor, y le dí todos los diamantes que tenía. En seguida me aproximé a la capital de Siria; pero habiendo tenido noticia en el camino que algunos Príncipes vecinos habían reunido tropas y venían a precipitarse sobre los Estados de V. M., me dí a conocer en los pueblos y excité el celo de sus habitantes para emprender su defensa. Armé un gran número de jóvenes, y poniéndome a su cabeza, llegué en el momento crítico en que los dos ejércitos estaban pelcando.

Apenas hubo acabado el joven de hablar, dijo el Rey:

—Doy gracias a Dios porque me ha conservado tu vida, mi amado hijo; pero es necesario que los traidores que te han querido matar perezcan hoy mismo.

—Padre mío— replicó el generoso hijo de Amina— por ingratos y malos que sean, hágase cargo V. M. que son de su sangre. Son mis hermanos; yo les perdono su crimen, y pido a V. M. que les perdone también.

Tan nobles sentimientos arrancaron lágrimas de ternura al Rey, que hizo reunir al pueblo y declaró su heredero a Muza. Mandó en seguida que hiciesen venir a los cuarenta y nueve Príncipes presos, que estaban cargados de cadenas, y el hijo de Amina se las fué quitando y abrazando a todos, uno tras otro, con tan buena voluntad como lo había hecho en el patio del palacio del negro.

Quedó encantado el pueblo del buen natural de Muza y lo llenó de aplausos, y luego se colmó de riquezas al cirujano en reconocimiento de los servicios que había hecho a la Princesa de Chipre, a cuyo padre restituyeron poco después la libertad y el reino las tropas de Siria, mandadas por el valeroso Muza.

# EL MAR EN LA NATURALEZA

## Los Hielos del Mar: Bancos e Icebergs

### *El sol y la tierra—*



L Sol baña con sus rayos la superficie de la Tierra; pero no en todas partes esta acción vivificadora se ejerce con igual intensidad. Donde más se deja sentir es en el ecuador terrestre. Allí los rayos del Sol caen casi perpendicularmente. Pero a partir de esa zona y en las dos direcciones opuestas marcadas por ambos polos de la Tierra, la acción solar se va haciendo cada vez más oblicua.

Si iluminamos con un reflector una esfera apartada de él a cierta distancia, tendremos una imagen de este fenómeno que examinamos. La parte central de la esfera se nos aparecerá claramente iluminada. Pero veremos que la luz va disminuyendo a medida que apartemos la mirada de esa parte central, hasta llegar a los bordes de la esfera, que estarán sumidos en una vaga penumbra. Gracias a la posición que la Tierra mantiene con respecto al Sol, esa región penumbrosa e iluminada únicamente de soslayo, es la que corresponde a los polos terrestres.

### *Los hielos eternos—*

La falta de sol o la acción extremadamente oblicua de sus rayos, determinan en los polos una temperatura sobremanera baja. Allí el frío más crudo reina constantemente. La superficie de los mares polares se hiela. Los témpanos quedan flotando, porque son más ligeros que el agua, y así se conservan, aumentando su número con el rigor del invierno y disminuyendo un poco en verano. De ahí que los mares de los polos no parezcan tales, sino tierras heladas, inmensas llanuras firmes y deslumbradoras, como desiertos de frío. Las aguas marinas quedan ocultas debajo de ese eterno sudario.

Al conjunto de témpanos que cubren la superficie de esos mares inhospitalarios, se les llama **bancos de hielo**. Empiezan a formarse junto a los continentes glaciales, y se van esparciendo paulatinamente hasta cubrir inmensas extensiones de mar. Todos los años, al recrudecerse la temperatura, se produce este admirable pero peligroso fenómeno. Los buques que navegan por tales parajes, deben andar muy alerta en no dejarse tomar entre las taimadas redes de la congelación marina. Si un barco queda aprisionado en ellas, ya no podrá salir del paso hasta que se inicie, al cabo de largos meses, el siguiente deshielo. La imprevisión, pues, puede provocar en aquellos mares verdaderas catástrofes.

Pero los hielos no sólo aprisionan, sino que además **comprimen** a los navíos, hasta destrozarlos. Y muchas veces la presión de los hielos, como la de unas potentes tenazas, ha llegado a reducir a astillas barcos de gran tonelaje: El espesor de los barcos, sin embargo, no pasa de algunos metros; pero bastan y sobran para triturar los cascos.

Desde que Nansen, el gran explorador noruego, realizó sus memorables viajes, los buques que han de invernar entre los hielos emplean un buen método para defenderse de ellos. Consiste en dar una forma muy redondeada a la parte sumergida del casco, a fin de que, al verse cogida entre la presión del hielo, resbale y se levante poco a poco por encima del banco, lo mismo que ocurre con un hueso de níspero cuando lo apretamos entre las yemas de los dedos.

### *El desierto glacial—*

Como el hielo está sujeto a las variaciones atmosféricas, ocurre que los bancos polares se agrietan con frecuencia, de arriba abajo. Estas grietas, naturalmente, se llenan del agua que por ellas brota del fondo. Pero luego, al enfriarse de nuevo la temperatura, los canalillos de agua que colman las grietas se hielan a su vez; y como el agua al helarse aumenta de volumen, forma una especie de **cuña** que ejerce fuerte presión en las paredes del banco que la tiene incrustado en su masa. Ahora bien: como de esas grietas las hay a **millares** en las superficies heladas de los mares glaciales, la totalidad de su llanura está sometida al innumerable esfuerzo disperso de las cuñas de hielo, que desarrollan en su seno un enorme e irresistible empuje.

Los exploradores han descrito el horror de la noche polar en las desoladas extensiones de los mares glaciales. En medio del solemne y pavoroso silencio del desierto frío, estallan a menudo grandes detonaciones, parecidas a un bombardeo misterioso e intenso, y provocadas por la dislocación de las masas de hielo. Estas, una vez descoyuntadas se amontonan en formas agudas y peligrosas, o se alisan como extensas praderas de cristal. A veces, una gran porción de un banco se rompe y desgaja de la masa común, y se va resbalando a la deriva, impulsada por las corrientes y el viento, errando sin rumbo fijo hasta disolverse en el seno de aguas más templadas.

Algunas regiones de los océanos polares no se deshielan nunca. La nieve va amontonándose de continuo, y la presión atmosférica la transforma en bloques de hielo que a veces llegan a alcanzar 30 metros de altura.

Por encima de los bancos glaciales, el firmamento se alumbra con un resplandor blanquecino que los ingleses llaman "fulgor de hielo", **iceblink**.

### *Los hielos errantes—*

Durante la buena estación, el calor del sol logra despedazar con sus rayos, como con un hacha de oro, los complicados laberintos de los bancos de hielo. Entonces algunos fragmentos de la llanura glacial se desprenden de la masa común, y resbalan sueltos, a la deriva, por la superficie del mar. Estos pedazos desprendidos de un banco son los **icefloes** o hielos flotantes. Como blancos rebaños se deslizan por las aguas abiertas, y van a fundirse hacia el Sur. Los transatlánticos que hacen la travesía de Europa a la América del Norte, suelen encontrar pelotones de esos, durante el verano. Pero los **icefloes** son rebaños pacíficos por lo inofensivos.

En cambio, hay otra clase de hielos errantes mucho más peligrosa. Son los **icebergs** o montañas de hielo; y el choque con ellos es tal, que en 1912 provocó el trágico hundimiento del que entonces era el transatlántico más poderoso del mundo, el formidable **Titanic**. Embestir un iceberg, es como dar de bruces contra una inmensa roca de cristal de hielo.

El origen de los icebergs, que tantos estragos causan en el mar, no es marino. Los icebergs provienen de los glaciares de tierra firme y especialmente de la Groelandia. Sobre las tierras de este continente polar, hay una capa de hielo que en algunos puntos alcanza un espesor de 1.000 metros (¡una costra helada de un kilómetro de grueso!) Esa capa, al acumularse en los valles interiores de la Groelandia, resbala hacia el mar, llega a la orilla y desborda sobre las aguas. Entonces el poder del oleaje rompe, a veces, un pedazo de hielo, que queda flotando separadamente. Y eso es un iceberg.

Estas montañas heladas son, a menudo, enormes. Se han encontrado icebergs cuya parte flotante o visible sobre la superficie del mar, alcanzaba 100 metros de altura. Y como, en virtud de la densidad del hielo, la porción flotante de un iceberg no representa más que **la décima parte** de su volumen total, imagínese lo que debe ser la masa entera de uno de esos grandes fantasmas errantes y fríos. Se ha registrado la aparición de icebergs cuyo volumen excedía de **15 millones de metros cúbicos**.

Empujadas por los vientos y las corrientes marinas, esas montañas formidables van navegando a la aventura. Y lo peor es que, en tiempo de niebla, sus silenciosos espectros casi no se ven resbalar hasta que están encima del navío que, repentinamente, los divisa.

A medida que los icebergs se van adentrando en los mares templados, la parte de hielo sumergida va fundiéndose al roce tibio del agua. Así llega un momento en que la parte bañada del iceberg no puede contrabalancear el peso de la que emerge sobre la superficie. Entonces se produce un imponente vuelco. La parte superior del iceberg se hunde, y sale a flote su base. Y la helada montaña sigue navegando hacia el Sur, dando tumbos tremendos de cuando en cuando, hasta que se disuelven por entero sus últimos restos.

Pero cada uno de esos vuelcos es una verdadera catástrofe marina. Todo lo que está en las cercanías del iceberg, se hunde entre trombas de agua. Y si un navío tuviese la desgracia de hallarse cerca, haría lo mismo que la montaña de hielo; pero con la diferencia de que, una vez dada la fatal voltereta, la nave, al revés de la montaña, ya no saldría más a flote.

# EL APARATO AUDITIVO



SIMISMO le parecía al obrero muy complicado, muy difícil el estudio de las ruedas, y los tornillos, y los engranajes, es decir, de los órganos, y los aparatos, y los sistemas, en una palabra, de la máquina humana, mientras que al médico todo se le hacía muy sencillo, porque todo lo veía. Cuando decimos que una cosa es muy difícil, no es porque realmente lo sea, sino porque nosotros no la vemos. La ciencia, todo el trabajo de la ciencia y de sus hombres, de los sabios, únicamente tiende a eso: a abrir los ojos para ver las cosas.

Si al convaleciente le hubieran pedido que explicara a cualquiera cómo marcha, cómo funciona la máquina humana, eso del oír, de la audición, eso del **aparato auditivo** que acarrea, que deja entrar a otra clase de **sensaciones**, que es otra parte de la **sensibilidad**, realmente se habría asustado y es muy probable, seguro casi, que habría llamado a su amigo el doctor para que descifrase y explicara todo aquello.

Pero no se hubiera asustado si hubiese visto las cosas, es decir, si hubiese visto que detrás de todo esto que llamamos oreja y que es el **pabellón** del **oído**, hay un tubo; que ese tubo acaba en una caja; que esa caja tiene en su pared de enfrente dos ventanitas, una encima de la otra; que esa caja tiene en su **fondo** un agujerito y otro tubo que llega hasta la parte posterior de la boca. Que la parte exterior del oído se llama **pabellón de la oreja**; que el tubo que va del pabellón a la caja se llama **caja del tímpano**, pues **tímpano** se llama la telita, la membrana que hay entre la caja y el **conducto auditivo**; que de las dos ventanas, una se llama **ventana oval** y otra **ventana redonda**; que ese tubo que va del fondo de la caja del tímpano a la parte de atrás de la boca se llama **trompa de Eustaquio**.

No se hubiera asustado si hubiese visto que en **el oído**, dentro del aparato auditivo, si se entra por el **pabellón** y se corre conducto adentro hasta meterse uno en la caja que tiene **dos ventanas** por una de éstas, por la de arriba se llega a una especie de arcos que parecen semicírculos, y que por ser además huecos se llaman **canales semicirculares**; si hubiese visto que una vez dentro de la **caja del tímpano** se llega por la ventana de abajo a un órgano que tiene propiamente la forma de un caracol. Y que así se llama: **caracol**.

Dentro de éste hay unos 390 hilitos delgadísimos, pequeñísimos, unos 309 filamentos, **fibras de Corti**, que se llaman. Estas **fibras** están llenas de un líquido, **y en este** líquido se meten los **últimos** ramitos del **nervio** que **lleva** la sensación de oír al **cerebro**.

Y la manera de cómo se oye **no puede** ser tampoco más sencilla: viene el sonido; entra por el **pabellón**; corre por el conducto auditorio; hace temblar, vibrar **esa** telita, esa membrana que **se llama tímpano**. **El** vibrar, el **temblar** produce un **movimiento** y este movimiento se **transmite**, se comunica a **las dos ventanas**, y al líquido, comunicándose también, **por consiguiente**, a las últimas **ramificaciones** de dicho **nervio**...

# LA DOBLE VISTA



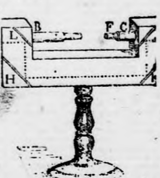
ARA esta experiencia se emplea un anteojo, llamado el "incomprensible", con el que se finge ver a través de los cuerpos opacos.

Su construcción es tan sencilla, que todo el mundo la puede ejecutar.

Haced, de cartón, un tubo cuadrado y con dos codos, de dimensiones más o menos grandes, como indica la figura.

Este tubo forma como una caja cerrada por todas partes, y en cuyo interior se coloca cuatro espejitos, H, J, K, L, dispuestos como en la figura; es decir, inclinados de manera que [illegible] con el fondo de la ca[illegible]gulo casi recto. La ca[illegible] de los espejos H y K [illegible] hacia arriba, y la de los L J hacia abajo. En cada extremo superior de la caja practicad dos aberturas circulares: delante y detrás de los espejos H y L, estas cuatro aberturas están guarnecidas de tubos cilíndricos A B C D: en los tubos C y B entran dos tubos movibles E y F que se sacan a voluntad y se puede alargarlos hasta tocar uno con otro: cada uno de ellos termina en un pedazo de cristal común. En el extremo del tubo B hay un cristal convexo, y en el tubo A entra un tubo movible E, guarnecido exteriormente por un cristal cóncavo: por último, la totalidad está colocada sobre un pie o sobre un amesa.

Cuando se aplica el ojo al extremo del tubo E, para mirar un objeto situado enfrente, los rayos de luz que parten de este objeto llegan al ojo y vienen a pintarse en él, siguiendo la línea de puntos marcada en la figura; es decir, que son reflejados al punto J por el primer espejo que encuentran; al punto K por el segundo; al punto H por el tercero y al punto L por el cuarto, desde el que llegan derechos al ojo, E, como si viniesen directamente del objeto.




Para servirse de él, se aproximan uno a otro los dos tubos movibles E J, que no están allí más que para causar ilusión; se dirige el anteojo sobre un punto cualquiera, y rogando a una persona que mire a través, se le pregunta si ve bien el objeto que está enfrente: no puede menos de responder afirmativamente. Se separa entonces los dos tubos, y dejando entre ellos un espacio suficiente para poner la mano, un libro, una piedra, una plancha, etc., se anuncia que este anteojo tiene la propiedad de hacer ver los objetos a través de los cuerpos más opacos. Para convencerle, se le hace mirar, y queda sorprendido al ver el objeto a través de su mano o de otro obstáculo, que le parece estar agujereado.

Este experimento produce una ilusión tanto más extraordinaria, cuanto que no se percibe fácilmente qué puede producir el efecto: la pieza acodada parece estar hecha así para sostener los dos lados del anteojo, que hay que separar, a fin de colocar el cuerpo opaco; y por otra parte, de cualquier lado que se mire por el anteojo se ve siempre el mismo efecto y no se percibe de ninguna manera los espejos que están puestos en el interior.

Se pone en los extremos D y E cristales de lente ordinarios, cuyo foco se gradúa con relación a la longitud del anteojo; en este caso la longitud se debe suponer igual a la de la línea de puntos que, partiendo de la extremidad del tubo D, pasa por los puntos J K H L y termina en la extremidad del tubo E. Así, cuando los espejos y los tubos están en su sitio, habrá que suponer una línea igual en la caja y tomar la medida.

Si, por ejemplo, esta línea forma en total una longitud de 50 a 60 centímetros, será necesario pedir a un óptico un cristal cóncavo y otro convexo, de un foco conveniente para guarnecer un anteojo de estas dimensiones. Pero como no son los cristales los que producen el efecto en este anteojo, se podría, en rigor, reemplazarlos también por dos pedazos de cristal ordinario.

# SEPTIMO CONCURSO DEL CUENTO SIN FINAL

***Los niños deben leer cuidadosamente este cuento, y escribir l final que les parezca que le corresponde. Las compos ciones, dirigi das al* Concurso de final, CRITICA PARALOS PIBES, *Sarmiento 15 46, serán sometidas al juicio de la Direc ción, y la mejor recibirá una libra esterlina de premio.***

N los tiempos en que la altiva Francia era gobernada por el tímido rey Luis 13, por el cardenal Richelieu y por su enemiga encarnizada Ana de Austria, hija de la altiva España; se indignaba al ver cómo su augusto marido se doblegaba bajo la mirada de Richelieu.

En una extensa habitación y entregada a la lectura, rodeada de sus damas de honor se hallaba Ana de Austria. Reinaba en el gabinete un majestuoso silencio, de pronto, se oye un ruido de pasos en el momento que un mosquetero anuncia con voz clara y sonora:

—Su excelencia el cardenal Richelieu.

Este nombre produjo en la real habitación un cambio muy notable. Ana de Austria se hallaba de pie, rígida, y denotaba en su hermosa cara una nerviosidad mal guardada; las damas de honor imitaron la actitud de su augusta ama, de pronto aparece entre dos filas de mosqueteros formados, el cardenal Richelieu y saluda ceremoniosamente y besa la mano de su bel a enemiga, mientras ella balbucea palabras intelegentibles; una vez terminados los saludos y después de sentarse uno frente al otro, Ana rompe el fuego —y dice con voz melodiosa— cuánto honor para mí de poderos recibiros y cuánto me alegro, pues, son tan pocas las veces que tengo ese honor.

Richelieu se inclina y responde ceremoniosamente —los asuntos del Estado me obligan a no ser más frecuente a vuestra majestad.

Nuevamente Ana rompe el fuego:

—Veamos que os trae por acá.

—Debeis recordar que dentro de cuatro días se realizará una fiesta en honor de V. M., pues me veía obligado, como un buen servidor, de venir avisaros la nueva.

—Os agradezco vuestra gentileza, pero no veo el motivo de vuestra visita, pues, podíais mandármela por un criado. Pensaba que se trataba de un asunto de mayor importancia para que se tenga que molestar V. E.

—Delicado para mí, señora, querrais decir.

—Para vos (contestó Ana denotando que se hallaba estupefacta) explicaos.

—Pues, bien, temo que vuestra majestad me rechace un pedido.

—Veamos, de qué se trata.

—Yo me temo de que no acepte un pequeño regalito de este humilde servidor (y saca un hermoso collar de perlas) para que lo use el día de la fiesta juntamente con vuestras perlas en honor de V. M.

Ana demostró no estar sorprendida y paró nabilmente la estocada y, una vez de agradecerle, le dijo: "Os prometo bajo mi palabra de honor que tendré el collar de perlas el día de la fiesta". Richelieu besó la mano y dijo algunas palabras de agradecimiento y se retiró. Ana se sentó y vió claramente que el cardenal trataba de jugarle una mala pasada; tomó el collar con desdén y desconfianza y lo guardó en un cofre que se hallaba en la mesita y lo fué a guardar en un lugar secreto que tenía bajo su tocado, pero se notó que uno de los guardias espiaba esta maniobra.

... ... ... ... ... ... ... . ...

Mientras eso pasaba, pasemos al cuarto del cardenal. Este se hal aba escribiendo cuando llegó el guardia — que lo hemos tratado en la anterior escena. En ese momento levantó la cabeza y al verle se dibujó en su pérfido rostro una maligna sonrisa y Dublois —que así se llamaba el guardia — lo miró de la idéntica manera.

—Y, Dublois, ¿has hecho lo indicado?

Dublois se inclinó y dijo: Ya sé el lugar donde guarda V. M. el collar —y dijo por lo bajo — lo guarda en una endija del tocador.

—Muy bien, —dijo Richelieu— y le arrojó una bolsa de Luises.

El cardenal llamó a un guardia de su confianza y de pronto entraron varios personajes de no muy buen aspecto, y después de haber conferenciado por lo bajo, se retiraron; mientras Richelieu se apretaba su barbilla con satisfacción.

... .. ... ... ... ... ... ... ...

Al día siguiente Ana entró a su gabinete para cerciorarse que se hallaba el collar de su enemigo; abre el cofre y en su rostro se dibuja una mueca de espanto y estupefacción: había desaparecido el collar.

Inmediatamente reflexionó que debía ser obra de Richelieu y todavía tenía fresca en la memoria en el momento que su enemigo le entregó el collar vió en sus ojos un resplandor de odio. Ana salió nerviosa de su gabinete y con el rostro desencajado. En el camino se encontró con el cardenal, que se adelantó sonriente y, después de darle la mano, le dice: Veremos si V. M. cumple con su palabra. A lo que Ana respondió sin turbarse: Ya os he dicho que lo llevaré puesto el día de la fiesta, y se marchó, mientras que en el rostro del cardenal se dibujaba una maligna sonrisa.

Después de este encuentro Ana bajó al jardín, su lugar favorito, sentándose en una encina para meditar el plan de recobrar el collar regalado y robado por el cardenal. En seguida acudió a su memoria el nombre de un amigo, el conde Richmond. Inmediatamente tomó su carroza y se dirigió a la casa de este caballero. Una vez en ella, le refirió detalladamente el caso y le pidió su protección. Richmond se quedó pensativo y, al cabo de un momento, le dijo:

—Señora, yo conozco a unos caballeros que darían la vida por V. M.

Ana contestó:

—Pues bien, caballero, hablad con vuestros amigos y venid con ellos a mi gabinete y allí formaremos el plan de acción contra ese canalla.

Dicho esto, volvió al palacio a escape y en el pasillo de la real mansión se encontró con su esposo, S. M. Luis XIII, y después de saludarla, le dijo:

—Señora; me han dicho que el cardenal os ha regalado un hermoso collar de perlas.

—Así es — respondió Ana.

—Y que le has prometido lucirlo el día de la fiesta. Cumplid vuestra palabra, pues, si no la cumplieras, se enojaría, y faltarías a vuestra real palabra.

Ana palideció y se marchó.

... ... ... ... ... ... . ... ...

Richmond inmediatamente llamó a sus amigos, que, como había dicho, darían su vida gustosos por servir a S. M.. Estos caballeros eran Trebilleu y Le Banc. Richmond les instruyó respecto al plan de la reina.

Al día siguiente Richmond se presentó con sus amigos a Ana de Austria; ésta los recibió afablemente y se pusieron a planear el plan de acción. Se propuso sobornar al guardia, lo que fué aprobado.

Ya faltaban sólo dos noches para la fiesta, y esa misma noche se pusieron en campaña. Sobornaron al guardia, diciéndole que se trataba de un pequeño papel.

—Pues, un papel solo —dijo el guardia— pero, ¿cuánto me daréis?

—Quinientos Luises — dijo Richmond.

En seguida se puso manos a la obra, pero no se encontró rastros del paradero del collar. El guardia, impaciente, intimó a los caballeros:

—Caballeros, ya creo que en este tiempo podríais haber encontrado un sinnúmero de papeles: pues entonces, preparaos para marcharos.

—Tened diligencia y esperad un momento más.

—Los momentos pasan y no es hora de seguir buscando.

—Os callais la boca, villano, si no queréis que te matemos sin compasión.

—Veo que sois unos cobardes, pues no se atreven a presentar combate uno por uno.

Esta fanfarronada no hizo muchas gracias a Richmond, por lo visto, porque desnudó su filosa espada y se preparó para dar una lección al imprudente guardia. A esta actitud lo imitó su contrincante, una vez en el centro de la pieza comenzó este duelo entre cuatro paredes. Richmond atacó cuerpo a cuerpo al guardia que, desapercibido del ataque, retrocedía y hacia mil maravillas para parar las innumerables estocadas que con tanta maestría dirigía su contrario. Siguió retrocediendo hasta llegar a un rincón de la habitación, lugar [redacted] Richmond le hizo sacar la [redacted] de sudor, y [redacted] imploró de [redacted] dejasen con vida y [redacted] su disposición.

Los tres amigos accedieron a este pedido y, una vez amordazado y atado debidamente, prosiguieron la búsqueda del maldito collar. Le Blanc dió una idea que fué aceptada por Richmond y Trebilleu. Le Blanc ordenó al guardia que se desvistiese y con el traje de éste se vistió de guardia, en lugar del pobre diablo que se hallaba amordazado en el suelo. Con esta vestimenta podía observar el lugar donde guardaba el collar el cardenal y sacarlo del escondite.

Richmond fué a avisar a la reina sobre la marcha del asunto.

... ... ... ... ... ... ... .

El día de la fiesta entró Richelieu alegremente a su escritorio, mientras Le Blanc veía cómo el cardenal se dirigía a la habitación y apretaba un botón, tapado por el tapiz, y sacaba el collar de perlas, volviendo a colocarlo en el escondite y marcharse nuevamente.

Faltaba sólo una hora para que empezara la recepción cuando apareció, tapado con el antifaz y esbozado con su capa, Richmond y Trebilleu, e. inmediatamente, Le Blanc le refirió lo que había visto en la mañana. Inmediatamente sacaron el collar del escondite y, en el momento de huir con la presa, se oyeron rumores de pasos y de voces. Ellos, aterrados, se esconden, pero son descubiertos y no tuvieron más remedio que presentar combate a los seis nuevos enemigos. La lucha empezó con furor de ambas partes, repartiéndose estocadas a diestra y siniestra. Había transcurrido media hora de lucha, y Richmond había terminado con sus dos correspondientes enemigos, que, heridos, se hallaban en el fino tapiz. Le Blanc terminó con uno, pero es herido por otro en el brazo y, en el momento que su contrincante lo iba a rematar, llega Richmond en su ayuda y pelea en cambio del amigo herido, mientras que Trebilleu termina con los últimos tres.

... ... . ... ... ... ... ...

Mientras esto pasaba, en el salón de gala se hallaba Richelieu satisfecho de su victoria. El rey, intranquilo de no ver llegar a la reina, los cortesanos impacientes y... la reina desconsolada al no ver llegar a sus tres amigos.

De pronto aparecen los tres arrojados caballeros, destrozados, ensangrentados, pero con el collar en la mano. En la cara de Ana se dibujó una diabólica sonrisa y después de agradecer infinitamente su acción, se colocó el collar alrededor del cuello, mientras en los labios de los abnegados servidores se dibujaba la satisfacción de ver feliz a su reina.

Ana apareció esplendorosa con el collar de perlas de su enemigo ante la estupefacción de Richelieu y la satisfacción del augusto marido.

**CUPON N.° 6**

***Concurso de cuentos***

***(Para incluir con las terminaciones del (N.° 7)***

***Nombre*** ..........

..................

***Dirección*** .........

..................

***Edad*** .............

..................

# RESULTADO DEL QUINTO CONCURSO PARA LOS PIBES

*Tal como ocurrió con los anteriores concursos del "Cuento sin final", el número seis que publicamos en CRITICA PARA LOS PIBES del miércoles próximo pasado, mereció especial atención de parte de nuestros amiguitos. Lo mismo que en las ocasiones anteriores han sido numerosos los finales que nos han enviado, y la mayoría de ellos muy acertados. La libra esterlina ha correspondido esta vez a un pibe. Tiene doce años de edad y se llama Carlos Bianculli.*

*El final que nos envió, y que publicamos a continuación, es muy ajustado a la terminación original de nuestro cuento.*

*El agraciado con la libra esterlina debe pasar por la redacción de CRITICA PARA LOS PIBES, donde se le entregará el premio.*

POR el exceso de bebida los convidados se hallaban embriagados y una vez más volvieron a preguntarle de dónde habían sacado una mujer tan hermosa como nunca habían visto.

Pero Rakián, que también estaba alcoholizado y cansado de que le hicieran la misma pregunta y olvidando su promesa para con su mujer, le dijo: "Para decirles la verdad, mi mujer fué antes una aveja". Entonces las gentes cesaron en sus preguntas.

Cuando volvió Rakián a su casa encontró a su esposa muy abatida, triste y sin querer hablarle.

—¿Por qué no contestas a mis preguntas? — le preguntó Rakian.

—Porque eres un ingrato, olvidaste tu promesa, pues bien sabes que no debías haber contado nada a nadie para evitar que me avergonzaran.

—Si yo no he dicho nada — replicó Rakian.

—Mientes como un bellaco: has olvidado que por lejos que esté la casa yo oigo todo.

Al ver que tenía razón su esposa, Rakián guardó silencio.

Ahora me veo obligada a abandonarte a ti y al niño y dentro de varios días vendrá mi padre y me iré con él.

A Rakián le ahogaban las lágrimas y sollozando le pedía perdón.

Al cabo de una semana Rakián observó con gran sorpresa a una hermosa abeja blanca y su mujer, corrió a toda prisa y gritando:

Mi padre: mi padre: me voy...

Rakián tomó al niño en sus brazos y salió a perseguir a su mujer que, sin piedad, lo abandonaba, estando propenso el niño a morir por falta de los cuidados de la madre.

Mientras tanto las abejas se elevaron en los aires hasta que las perdió de vista.

Agotados por el cansancio acostáronse a la orilla de un ría y ambos quedaron profundamente dormidos, pues estaban muy cansados.

Entre sueños Rakián observó que una mujer a su lado acariciaba al niño y llamándole le decía:

—Rakián.... Rawián.... ¿por qué no vas a casa de tu mujer y así descansará mejor esta criatura?, pues está muy cerca de aquí.

Cuando Rakián estaba listo siguió a la mujer y al cabo de un rato su guía le dijo: Esta es la casa (señalándole un edificio) y su dormitorio en el cuarto 1o.

Cuando entres no le tengas miedo a las abejas, pues son muy buenas y, dicho esto, desapareció. Rakián subió a la casa y al ver tantas abejas el niño comenzó a llorar desconsoladamente.

¡Oh, querida, tienes corazón de oir a tu niñito llorar tan cerca de tí!

Al cabo de un rato su mujer penetró en la habitación y el niño corrió hacia su madre.

¿Te acuerdas lo que te dijo la primera vez, que no debías contar nada a nadie?

Si no hubieras venido te habrías muerto y, ambos esposos, abrazados, juraron eterno amor y fidelidad.

Después de este juramento todas las abejas que estaban en el techo cayeron al suelo y se transformaron en gigantescos hombres.

Rakián y el niño siguieron viviendo siempre en aquella aldea y no regresaron nunca a su país.

MORALEJA:

No reveles nunca los secretos que te confíen.

# Aventuras del Gato con Botas
por Linage



## ZAPIRON AUTOMOVILISTA




El gato piensa ganar
el Gran Premio. ¡Qué embromar!




Su máquina anda despacio
y a saltos como un batracio.




Pero hasta el auto más viejo
puedo decir: ¡Yo me alejo!




Y llegó a Rosario un día
con toda farolería.

¡RECUERDOS AL VIEJO CARCANO!
SIGO VIAJE PA CORDOBA

Y sigue viaje incansable
por la ruta interminable.

PADRE YO QUIERO UNA MEDALLITA
CORDOBA

Y allá se apunta un poroto
haciéndose el muy devoto.

Y AHORA HASTA MORON
¡VOS SI QUE SOS DE ... MORON!

Le hacen un chiste al partir
pero no lo alcanza a oír.




Al terminar la carrera
nadie en la meta lo esper




Nadie se acordó de él
e hizo muy mal pape